

Alcázar se cierne sobre su piso

El Arenal y las Santanillas fueron los dos puntos de expansión del pueblo, ambos fuera del cenagal y con tendencia a su alejamiento.

El Arenal señala la expansión lenta, de un crecimiento natural, sin sacudidas, bien cimentado, año tras año, crianza sobre crianza y casa tras casa, creciendo las viviendas al ritmo de los hijos y sus necesidades, siguiendo el repecho del mediodía, sobre terreno seco y de espaldas al cierzo, como elegido por el hombre de la tierra que la conoce y está hecho a su doma.

El punto de expansión de las Santanillas fue determinado por la Estación empezando con ella un fuego graneado, ininterrumpido, sobre el campo que la separaba del pueblo, creándose rápida y desordenadamente el barrio de aquí arriba.

Son dos núcleos desarraigados de la célula madre de Santa María, pero tan potentes que han introducido sus gustos y modales en el propio corazón de aquel recoleto lugar, cuyas viviendas, de puro sencillas, honestas y recogidas parecen haber brotado, a más o menos distancia, de raíces pujantes del tronco de la Iglesia vetusta, formando el matorral de la Villa, tranquilo, silente, inmóvil y tan conforme que en todo un siglo no pide el menor cambio de línea, cosa diaria en las Santanillas donde se va construyendo, como en las huertas, según la situación de las parcelas, para que dé el sol, para librarse del aire o para estar más seguros y al irse juntando construcciones hay que empezar a cernerse para acoplarse y establecer las servidumbres.

Sucedía en este barrio lo que en el desarrollo embrionario, que de

no haber nada, aparece una célula y empieza a multiplicarse febrilmente formando un nuevo ser completo en un santiamén. Y pasó como en los embriones que además de completos pueden ser perfectos o con anomalías que los aparten más o menos de la línea generatriz.

El estado irritativo más acentuado o zona germinativa, se produjo en la Castelar, vía de comunicación directa entre la Villa y la Estación, estrecha, tortuosa, desigual e insuficiente para sustentar la marmita de tumultuosa ebullición que tenía en la cabecera, pero que era el camino real ineludible y había que irlo haciendo practicable y capaz hasta donde se pudiera. Y ahí está, tendida como una ese, pero mucho menos cerrada que cuando era el camino de las huertas de las Santanillas y arroyo de sus aguas, aledaño de la principal calle Resa.

Salvado el estrecho de su difícil y peligrosa salida, se llegaba al campo libre donde, supuesta la propiedad de la tierra, podía uno hacerse su casa al aire que más le agradara y aunque la fantasía quijotesca previó presto la necesidad del Paseo por el que habían de andar hasta las personas reales, no pudo evitar los rincones imprevistos, las direcciones encontradas y las callejuelas encajonadas que poco a poco se han ido suavizando con un cernido lento, como es de rigor, pero continuo a lo largo del tiempo, que no fue corto ni tardo ni descuidado, porque se le recordaba a diario y desde los primeros pasos, pues ya el año 53 pensó el Ayuntamiento «que afeando extraordinariamente a la calle de San